

PRESENTACIÓN: LETRAS DE LA ILUSIÓN NACIONAL

Luis Ricardo Dávila

(Universidad de Los Andes-Venezuela)

Julio Ramos

(Universidad de California-Berkeley)

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura

CLXXXIII 724 marzo-abril (2007) 183-185 ISSN: 0210-1963

"Al hablar, pues, de americanidad ... quiero hablar de aquellas cualidades espirituales, de aquella fisonomía moral –mental, ética, estética y religiosa– que hace al americano americano..."

Miguel de UNAMUNO¹

LOS CONDICIONANTES UNIFICADORES

La creación de arquetipos que al tiempo que exaltan, simplifican la trama de las cosas concretas, es un hábito inevitable de la mente humana. Pareciera que de esta manera los hombres logran imponerse a la caótica realidad. Semejante hábito se aplica a la mayoría de las indagaciones sobre la cuestión nacional. Así, cualquier propósito de determinación de esta cuestión olvida que se trata más de una praxis que de una conceptualización. Lo primero a reconocer es que la idea de nación es una convención política y literaria, un acto de delimitación geográfica e imaginativa que presupone una unificación histórica, por veces inexistente. Para exaltar las gestas de los hombres y dar una cierta unidad, se inventan fronteras, himnos nacionales, aniversarios patrióticos, placas y edificios conmemorativos, veneraciones heroicas e historiográficas. Se busca modificar ligera o profundamente el pasado, procediendo por una selección de hechos representativos que simbólicamente son verdaderos aunque históricamente pueden no serlo.

Por lo demás las naciones son inseparables de las ficciones que se construyen sobre ellas. Por veces la realidad no puede competir con las ficciones nacionales. Historia y relatos de y sobre la nación se confunden. De allí la fuerza simbólica de la literatura que sustenta la cuestión nacional iberoamericana. Imaginación y excesos dramáticos del mármol,

del bronce y de las letras son, pues, los mecanismos de invención de lo nacional. Esto se nos hace bien claro para el caso de las naciones iberoamericanas, donde letras e imaginación impiden que lo nacional sea algo desvaído e insípido. Son testimonios de un imaginario ordenado más en torno a biografías que a fuerzas sociales.

En consecuencia, se ha hecho muy común entender la nación en términos de un dispositivo político y cultural, construido con el perfil de una comunidad imaginada. Pero no interesa tanto a nuestro tratamiento de lo nacional iberoamericano, resaltar el carácter imaginado del concepto de nación. Interesa más la exploración de ciertos espacios espirituales vinculados a la literatura, a la ficción y a la historiografía. En estos espacios cobra cuerpo y sentido la existencia individual y la memoria colectiva. Acaso historiografía –es decir, historia y escritura– y literatura nos permitan acentuar el registro de regiones íntimas y desconocidas de la experiencia nacional: la pugna dilatada por rechazar moldes preestablecidos e impuestos a un sujeto colonizado, la tendencia a resistir ante prácticas sociales que imponen posturas mentales y religiosas, la inveterada búsqueda de la emancipación de estructuras políticas y económicas que poco liberan y mucho someten. En ese universo es bien sabido que no bastó la Independencia como experiencia continental para liberar el artefacto político y cultural. La herencia colonial persistiría hasta asediar lo nacional finisecular. Persistencia que llevó a sujetos

perspicaces y apasionados de la estirpe de un José Martí, a escribir en 1881: "(...) se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de las épocas pasadas, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos".

HISTORIOGRAFÍA Y LITERATURA

La relación entre historiografía y literatura es más trascendente de lo que parece. Los trabajos de Luis de Mussy o de Germán Carrera Damas –incluidos en este volumen– son muy renovadores de toda una discusión historiográfica sobre lo nacional, en la medida en que leen la historia desde una perspectiva experimental-poética. Es bien conocida aquella tendencia a leer la historia como literatura. El libro de Hayden White², por ejemplo, fue apenas un intento pionero de aplicar una teoría del género a la escritura literaria. Sin embargo, White (como el mismo Benedict Anderson³) estaba sujeto a un conocimiento literario relativamente cifrado en la academia norteamericana y, especialmente, en Norton Frye.

Muchos autores han pensado la historia como literatura, especialmente ligada a la novela. Pero existe otra propuesta, particularmente la de Luis de Mussy, quien sobre la base de una amplia formación literaria, editor de la obra poética del chileno Jorge Cáceres (1924-1949), cruza historiografía y poesía. Su estilo y escritura están muy ligados al espíritu de las neovanguardias chilenas de la década de 1970-1980. Ese cruce es nuevo y se revela en el perfil amplio del número que presentamos. De hecho, una de las hipótesis que animan este cruce tiene que ver con la historia y el delirio (para contrarrestar el viejo tópico realista de la comparación entre historia y novela), o con nociones como nación y melancolía, nación y deseo. Los argumentos que subyacen a estos tópicos, llevados al extremo, tienen que ver con la pregunta por el tipo de relato histórico que habrían escrito autores tan distantes geográficamente como un Virgilio Piñera o un Franz Kafka. Los historiadores de oficio podrían cuestionar que precisamente por su estilo delirante ni Kafka ni Piñera fueron historiadores. Y, sin embargo, tampoco fueron habitantes de una misma nación. De allí la importancia de darle dirección a ese tipo de cruces –cruces ácratas, en cierto sentido– pero que hacen inteligible el sujeto nacional más allá de los consabidos enfoques tradicionales.

HACIA UNA POÉTICA DE LO NACIONAL

Así las cosas, digámoslo de una vez. Lo nacional se encuentra de antemano atrapado en un cuerpo múltiple, en una cierta dualidad, en un duelo cultural que busca opacar diferencias bajo el maquillaje de la homogeneidad y de lo permanente, de la unidad y de lo que nos es propio. Lo nacional, y a su lado la nación, no puede ya borrar las diferencias que lo constituyen sin borrarse a sí mismo. De allí que lo nacional y la nación se compongan de numerosos pliegues. La nación iberoamericana se nutre de la idea de un espacio sociopolítico y cultural permanentemente en construcción, notablemente renegociado y reimaginado. No se puede leer la nación sin leer su imaginario narrativo e historiográfico, sin percatarse de la persistente noción de extravagancias semánticas, de metáforas experimentales, de trasposiciones pictóricas, de versos rítmicos, de ficciones cromáticas y de narraciones ordenadas en el tiempo por la escritura y por ciertos intereses dominantes. Llega entonces el momento de extender las fronteras de la nación iberoamericana y ajustar sus rostros literarios e historiográficos a una nueva óptica para incluir expresiones y representaciones que recontextualicen o deconstruyan ficciones fundacionales en torno a la nacionalidad.

Si queremos entendernos, si queremos saber de qué hablamos en torno a un tema verdaderamente común, tenemos ante nosotros dos tipos de grandes problemáticas. Por una parte, podemos preguntarnos qué significa en Iberoamérica el discurso común que se apoya en la nación. Y entonces tendremos que hacer un trabajo de arqueología semántica que proyecte toda una jerga o una gramática de los significados. Pero, por otra parte, podemos pensar, presuponiendo un saber implícito y práctico en cuanto a lo nacional, y apoyarnos en una historia vivida y narrada, que a fin de cuentas todos los sujetos entienden bien de lo que trata. Acaso las variaciones de la palabra nación son solamente contextuales y ninguna oscuridad esencial llega a ofuscar el discurso sobre ella. Intentaríamos de esta manera deslindar las cosas de las palabras, separar las voces de los ecos, separar lo sutil de lo espeso con rigurosa aplicación y cruces de categorías. Presupondríamos que no puede haber ningún malentendido en cuanto al contenido y al destino del mensaje literario e historiográfico de la nación.

La unidad del material presentado en las páginas que el lector tiene entre sus manos, la unidad del tablero de las

diferentes secciones y trabajos que componen este volumen, estaría asegurada por la estructura representativa del tablero mismo. Bajo la diversidad de las palabras y de los temas, arropados por las diversas experiencias nacionales, bajo la diversidad de los contextos, de los anhelos y sentimientos, el mismo referente, el mismo contenido representativo, se conservaría una suerte de identidad inalienable.

La nación no es ni presentable ni representable y la entrada en ella no llega quizás sino transgrediendo la figura de toda representación posible. Algo difícil de concebir, por supuesto, según esta lógica de los arquetipos que simplifican y exaltan, como difícil es concebir cualquier cosa que esté más allá de la representación. Pero acaso este ejercicio intelectual nos obligue a pensar completamente la realidad de otro modo.

En este sentido, pareciera innecesario formular una representación de la nación iberoamericana sin fusionar sus proyectos sociales, políticos y estéticos; sin concebir éstos como una sola expresión del sujeto; sin entender que existen diversas estrategias discursivas: un discurso de la emancipación, unas ficciones nacionales, ciertas narraciones historiográficas, en fin, sin ver que existe toda una poética de la nación inscrita en el marco de la llamada cultura nacional. Además, en la construcción de la teoría y literatura de la nación iberoamericana, o en la escritura de su historia, como diría Andrés Bello⁴, se genera al mismo tiempo un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, lo nacional y las nacionalidades. Esto se hace claro, por ejemplo, en aquellas producciones modernistas fundacionales, luego de 1870, donde se evidencia un anhelo colectivo acompañado por un cierto discurso del deseo referido al concepto de una comunidad nacional, sin realizar, pero que aparece en el horizonte como sociedades

por venir; a través de la puesta en marcha de una moral nacional, contenida en "los pupitres de la escuela", como lo argumenta Rodrigues-Moura para el caso de Brasil.

En esta lectura que proponemos, revisionista, si se quiere, no limitamos mirar la cuestión nacional a través del prisma de la representación, evocando una literatura ensayista o los escritos canónicos del pensamiento iberoamericano. Procedemos *ex professo* de otra manera. Tal como ya había sido observado en la obra de un Juan María Gutiérrez⁵, entre otros, desde 1830, o sea desde la fundación republicana, y sospechamos que la tendencia continuó durante largo tiempo, las letras y la nación iban de la mano, historiografía y poesía no eran discursos ajenos sino por el contrario complementarios. O como lo escribió más cercano a nosotros Hugo Achugar⁶: los parnasos fundacionales a lo largo y ancho del siglo XIX iberoamericano incluían letras, nación y Estado.

Presentamos al lector, en consecuencia, el rostro de lo nacional más allá de las fórmulas jurídicas, de las definiciones constitucionales o de los códigos legales de los novísimos Estados. Preferimos acercarnos desde aquellas ficciones que no sólo han expresado el imaginario de nuevas lógicas hegemónicas, sino también "la miseria de los infelices"; aquellas que han puesto a hablar a los sectores minoritarios, a los elementos marginales e híbridos de la nacionalidad (mujeres, indios, gauchos, niños, llaneros, *crioulos*); al igual que aquellas lógicas que muestran ciertos procesos institucionales como el proyecto hispano-católico de la unificación nacional colombiana. Acaso de esta manera se ofrezca a los lectores una aproximación más íntima a los imaginarios nacionales iberoamericanos y a sus respectivos cruces entre lo historiográfico y lo literario. Lenguaje e imaginario social se funden para delinear la raíz y el rostro de una poética de lo nacional.

NOTAS

1. "Lecciones de historia Americana. Sobre la argentinidad", *La Nación*, Buenos Aires, 11 de marzo, 1910, en *Obras Completas*, III, pp. 543-547.
2. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 1998 (1973).
3. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la di-*

fusión del nacionalismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (1983).

4. "Modo de escribir la historia", *El Araucano*, n.º 912, Santiago, 28 de enero, 1848.
5. *América poética*, Buenos Aires, 1846.
6. "Parnasos fundacionales: letra, nación y Estado en el siglo XIX", *Revista Iberoamericana*, n.º 178-179, 1997, pp. 13-32.